

el centralismo y éste encontraba dificultades, por lo que empezaron á llover peticiones de todas partes y especialmente de Orizaba, en que se decia que se volviera al sistema federal, adoptándose otra forma de gobierno más análoga á las necesidades, exigencias y costumbres, garantizándose, sobre todo, la religion católica etc., y como el pronunciamiento de México no se verificaba como él queria, mandó que circulara un impreso que decia *Modo y orden que deberá observarse en el pronunciamiento de la capital del Distrito Federal*. Y seguia la reglamentacion de los pronunciamientos.

Una vez arreglado todo, Santa Anna verificó una gran entrada triunfal en México el 21 de Junio de 1835. Hubo valla, columna de honor, misa solemne, Te Deum, sermon alusivo, músicas y piezas especiales, *ambigú* por el clero, paseo militar, procesion de banderas, ceremonia de condecoraciones, por la noche funcion de teatro, fuegos artificiales, iluminacion general y discursos y dísticos.

Fueron tantas las adulaciones que recibió Santa Anna, de tal modo quedó satisfecha su vanidad, tanto lo elevaron, que lleno de arrogancia exclamó dirigiéndose á Barragan y los ministros:

—Mañana mismo me pronuncio contra los diputados si todavia se resisten á establecer el centralismo. No me iré á Manga de Clavo sin dsjarles esto listo.

CAPITULO XIX.

COBARDIA Y TRACION.

Y el gran Santa Anna, que por fuerza tenia que ser grande cuando lo rodeaban tantos pequeños, aunque no tenia carácter oficial porque disfrutaba de una licencia ilimitada y habia concluido el permiso que se le diera para mandar el ejército como general, convocó á una Junta en que ya figuraron los principales atletas del centralismo, Alaman y Molinos del Campo, compuesta de mas de doscientos políticos prominentes, de la cual nacieron las 14 Bases de Gobierno que echaron por tierra la Constitucion de 24 y el sistema federativo.

El general se llevó en seguida á Manga de Clavo mas de un millon de pesos que le produjo la campaña de Zacatecas y pudo organizar unas lides de gallos régias; pero cuando mas entretenido estaba en su diversion favorita, que no le privaba, por otra parte, de estar en continua correspondencia con sus amigos de México

é influyendo directamente en todo cuánto se ejecutaba, recibió la noticia desagradable, no solo de que los texanos estaban insurreccionados sino de que ya habían dado algunos signos de hostilidad contra los escasos destacamentos de tropas que tenía el gobierno en aquella region.

Sin esperar á que se le llamara, dió la órden de marcha á sus gentes, y con el boato régio de siempre se puso en camino, y llegó á Tacubaya, en donde vivía de ordinario, el 15 de Octubre, anunciando al gobierno que quería ponerse al frente de las fuerzas que se destinaran para someter á los revoltosos:

Como ya estaba en el poder otra vez todo el elemento monarquista, y éste no tenía mucha confianza en el general que le había dado tan costoso triunfo, hubo sus vacilaciones para concederle el mando, tanto mas cuanto que se mostraba muy exigente, pero se convino en ello al fin, bajo la consideracion de que era mejor tenerlo lejos que cerca. Confirman esto las siguientes palabras del historiador Bustamante, que era centralista muy subido de tueste: "Por fin, el día 28 de Noviembre de 1835, salió Santa Anna para San Luis Potosí, dejándonos bien desabridos con respecto á las locuras que haría en la expedicion, pero contentos, así porque ya no teníamos encima este *ahaizote*, como por cierta esperanza que abrigábamos de que por su propia mano se iba á inhabilitar para volver á mandar mas á los mexicanos."

Necesitamos aquí para la mejor inteligencia de

nuestro relato, referir, aunque sea muy brevemente lo que pasaba en Texas.

Se había formado allí una colonia anglo-americana que no podía estar contenta con tantos disturbios como se sucedían en el interior de la República, y que había manifestado, no solo disgusto, sino rebeldía, desde que el Presidente Don Anastasio Bustamante prohibió la enagenacion de los terrenos texanos que se había estado verificando antes tranquilamente, y coincidió aquel descontento con la llegada de Don Lorenzo Zavala, hombre muy inquieto, quien despedido, porque sus ambiciones no habían sido satisfechas y tal vez lleno de enojo porque se le hubiera despedido de un cargo diplomático que tenía en el extranjero, abandonó su nacionalidad mexicana, se declaró texano, y enemigo acérrimo de su antigua patria, dando con su gran actividad el mayor aliento á la insurreccion separatista que se había estado anunciando.

Excitados, pues, los texanos por ese mal mexicano, tan inteligente y audaz, como pérfido y traidor, no se resolvieron á declarar su independenciamiento como tal vez él se los proponía y todos lo deseaban, considerando que podían encontrar dificultades internacionales; pero si hicieron un pronunciamiento contra Santa Anna hasta cierto punto justificado, pues decían en la declaracion aprobada por el pueblo de Texas erigido en Convencion: "Que tomaban las armas en defensa de sus libertades amenazadas por las usurpaciones de los *despotas militares*; continuando por lo mismo adictos

á la Constitucion Federal de México. Que no reconocian autoridad en los usurpadores que habian derribado el régimen federativo. Que solo se gobernaría Texas independientemente, mientras en México no se restableciera el reinado de la Constitución." Y terminaban protestando por su honor que eran sinceras sus declaraciones y que no imaginaban hacerse reos de duplicidad.

Dos mexicanos, pues, tenian principalmente la culpa de esta asonada: Don Antonio Lopez de Santa Anna y Don Lorenzo de Zavala. El primero, por su perjurio, derribando la Carta que muchas veces habia jurado sostener á cambio del sistema despótico militar llamado el centralismo, que tanto disgusto produjo en el país y especialmente á los colonos de Texas, que clamaban por un gobierno liberal, semejante al de los Estados Unidos; y el segundo, empleando su sagacidad y sus rencores contra la patria, siendo allí uno de los que con mas energía y con mas diligencia atizó el fuego de la discordia.

La campaña de Texas se hizo, como se hacia todo entonces, con muy pobres elementos, porque el dinero solo andaba en las manos de las gentes del gobierno y de los agiotistas; pero el soldado mexicano, acostumbrado siempre á las privaciones, y aun á la miseria, hizo prodigios de valor con una fortaleza increíble en medio de su debilidad y venció á los anglo-americanos en todos los primeros encuentros. Uno tras otro fueron cayendo los fuertes de los texanos en poder del general Urrea que empezó la campaña con

un reducido número de tropas, y por su parte, Santa Anna que llegó con mas de mil hombres, ocupó á San Antonio de Bejar, y tomó á fuego y sangre el fuerte del Alamo, sin que escapara uno solo de sus defensores.

Era el 21 de Abril de 1836. Los texanos ya habian levantado el acta de su independencia. D. Lorenzo Zavala firmó como delegado de la municipalidad de Harrisbourg. ¡Un hombre que habia sido gobernador del Estado de México, diputado, Ministro y jefe de la Legacion Mexicana en Paris.....! ¡qué vergüenza! Era Presidente interino de la República por muerte de Barragan, Don José Justo Corro y Santa Anna despues de rendir terribles jornadas en persecucion del gobierno texano, que ya andaba todo amedrentado, ocultándose en los bosques, habia acampado en los linderos de un bosque que ocupaba el enemigo, cerca del rio San Jacinto. Ese enemigo se componia de unos seiscientos anglo-americanos al mando del general Samuel Houston, que segun algunas escaramuzas anteriores, no solo rehusaba el combate en campo abierto, sino que parecia mas bien que trataba de escaparse, no obstante que habia venido en observacion de los movimientos de Santa Anna.

Sea como fuere, este general se conformó con echar una ojeada despreciativa al bosque en que se ocultaba el enemigo, y escogiendo el lugar que le pareció mejor cerca del rio, mandó que se estableciera allí el campamento. Y como para tranquilizar á los jefes y oficiales que lo rodeaban, dijo en voz alta:

—Esa fuerza del general Cos que acaba de llegar viene completamente destrozada y comprendo que ya no puede dar un paso. Las nuestras igualmente están muriéndose de fatiga: todos necesitamos tomar algún descanso, y aunque es cierto que tenemos cerca al enemigo, ese es un enemigo que no nos molestará.

Luego señaló los puntos que habían de ocupar los cuerpos, formando pabellones, permitiendo á todos que desensillaran y dieran de comer á sus caballos.

—Allí junto á aquel montecito se levantará mi tienda y que todos se coloquen en la sombra lo mejor que puedan porque amenaza hacer un día muy caluroso.

Eran las ocho de la mañana cuando se tomaban estas disposiciones y el sol estaba ya cayendo á plomo muy pesadamente.

Las tropas todas, pero especialmente las que había traído el general D. Martín Cos presentaban un aspecto muy lastimoso, así por lo desgarradas, como por las fatigas y el hambre que habían sufrido.

Santa Anna se dirigió á su tienda y ordenó que le armaran su catre de campaña.

Los generales Cos y Castrillon, luego que arreglaron el campamento, según las instrucciones que les había comunicado Santa Anna, fueron á pedir órdenes para el servicio. El general en jefe se había quitado las botas y la ropa de encima para acostarse, y ya con la idea de que iba á dormir, les dijo bostezando:

—Usted, señor general Cos puede acostarse como yo voy á hacerlo y suprimir toda clase de servicio.

Nuestro compañero el señor general Castrillon se encargará de la vigilancia del campamento, avanzando una guardia y dejando los centinelas indispensables.

Ambos jefes se retiraron, la tienda se cerró, rodeada por las pequeñas tiendas de los ayudantes, y el general en jefe se puso á dormir á pierna suelta.

—Aunque rendido por el cansancio, dijo Cos á Castrillon, y mis soldados no lo están menos, me disgusta que nos entreguemos todos al descanso, estando al frente del enemigo.

—El general en jefe sabe bien que ese enemigo no es temible, tanto por su inferioridad numérica como por su desmoralización, de suerte que no hay cuidado ninguno, y menos cuando yo voy á tomar las precauciones debidas. Puede usted dormir tranquilo, compañero.

Con estas seguridades, Cos se dirigió á la retaguardia del campamento, en donde estaban sus tropas tendidas formando grupos debajo de los matorrales que les prestaban escasa sombra, y cuando llegó allí observó que la mayor parte de los soldados estaban desnudos.

Castrillon, como sucede siempre en tales casos, delegó la vigilancia á sus subalternos y después de nombrar una avanzada y dos guardias muy reducidas, se metió en su tienda y se acostó vestido en su catre, encargando á sus ayudantes que le hablaran si algo ocurría.

El enemigo, por su parte, como debía hacerlo naturalmente, destacó algunos hombres conocedores del

terreno, para que observaran los movimientos del ejército de Santa Anna, y en esa virtud, el general Houston estuvo recibiendo noticias de que los soldados estaban formando pabellones con las armas, luego que se habian levantado algunas tiendas de campaña para los jefes, en seguida, que tanto estos como la tropa estaban diseminados en los mogotes, y por último, que reinaba en todo el campamento el silencio mas profundo.

El general americano no podia creer esto; y fué necesario que él mismo saliera del bosque y viera con sus propios ojos aquella quietud para convencerse de que en efecto todos dormían.

Entonces á la una de la tarde, cuando el calor era mas fuerte y tenia á todos mas aletargados, hizo que sus fuerzas se movieran hácia el campamento de Santa Anna sobre el cual cayó con ímpetu, arrollando fácilmente los obstáculos que se encontró al paso.

La sorpresa fué completa y la resistencia que pudo oponerse, aunque vigorosa, como no obedecia á plan ninguno, tuvo que ser dominada de pronto, produciendo alguna dispersión. Por fortuna, Cos que aunque habia caido rendido de cansancio, se preocupaba por el peligro, pudo organizar á su gente y dar una carga á la bayoneta que hizo replegar al enemigo al bosque, pero ya Santa Anna habia huído y nadie sabia donde se encontraba. Los jefes subalternos Céspedes, Arenal, Núñez, Almonte y otros siguieron batiéndose y ya la victoria estaba declarándose por los

mexicanos no obstante el desorden con que se batian, cuando de pronto cayó muerto el jefe de columna Luelmo, su gente huyó y la dispersión se hizo general, al cerrar la noche, con sorpresa de los anglo americanos que en lo que menos pensaban era en salir victoriosos de aquella jornada cuando ya estaba para ellos completamente perdida.

Cobraron entonces ánimo, se apoderaron del campamento, abandonado y en la mañana muy temprano destacaron partidas en persecucion de los dispersos trayendo uno de ellos al mismo Santa Anna disfrazado de soldado raso, el cual fué prontamente reconocido.

Esto fué para ellos la principal victoria: capturar nada menos que al general en jefe del ejército, quien no dejaba de llamarse tambien á toda hora Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

El júbilo que experimentaron los texanos cuando ya creían su causa perdida para siempre, fué inmenso. Celebraron su triunfo estrepitosamente é hicieron todo lo posible para que se conociera luego la noticia por toda la comarca.

El espanto de Santa Anna fué tal, creyendo que se le iba á fusilar en represalia de tantas ejecuciones como habia hecho con los prisioneros de guerra, que él mismo antes de que nada se le pidiera, dijo á Houston:

—Señor general: doy á vd. mi palabra de honor de que todo lo arreglaré en favor de vdes. con tal de que no se atente contra mi vida.

En lo que menos pensaba Houston era en matarlo, una vez que más iba á servirle vivo que muerto.

Entonces Santa Anna cometió la primera ignominia entre tantas como hizo en aquellas circunstancias, firmando la vergonzosa comunicacion dirigida á su segundo el general Filisola, ordenándole la retirada y cesacion completa de hostilidades, reforzando aquella con la carta siguiente: "Exmo. Sr. general de division Don Vicente Filisola. Paso de San Jacinto, Abril de 1836. Mi estimado amigo y compañero. Como no sé el tiempo que permaneceré por aquí y ustedes tienen que regresar al interior, quiero me mande usted mi equipaje, el del compañero Almonte, el de Castrillon, el del compañero Núñez y un baúl de mi secretario el Sr. Caro....., Recomiendo á vd. *que cuanto antes se cumpla con mis órdenes de oficio, sobre retirada de las tropas, pues así conviene á la seguridad de los prisioneros y en particular á la de su afectísimo amigo y compañero, Antonio Lopez de Santa Anna.*"

De manera que tenian más importancia las personalidades de los ilustres prisioneros que el honor de la patria empeñado en una guerra justa en defensa de la mitad de su territorio. Parecia que en esas notas estaba ya firmada por Santa Anna la pérdida de Texas, pero como si no bastaran todavía, firmó dos convenios, uno público y otro reservado, comprometiéndose á no hacer armas contra los texanos y á reconocer á David G. Burnet como Presidente de la República de Texas, y más aun, como se creyó que obraba con

felonia, se le pusieron grillos en los pies y se le obligó á escribir una humillantísima carta al Presidente de la Union Americana Andres Jackson, pidiéndole misericordia.

¡Que pequeño, que bajo, que despreciable, se mostró en esa ocasion el general Santa Anna!

CAPITULO XX

RESERVA DE ESPERANZA

La historia del Ojito porociente á la familia
 Ojito se encontraba situado al Norte de la hacienda
 de Santa Gertrudis perteneciente á la familia Ojito
 y el dueño de la finca se había ido á la ca-
 sada de la Ojito, cuando había sido por un
 día y después de haber estado con sus
 familiares. No por eso se había ido á la
 ciudad. La finca de la Ojito había pro-
 ducido tanto debido á que su dueño había
 de haber estado en la Ojito y en la
 finca de la Ojito. Los hijos de la Ojito
 estaban muy pobres y el dueño de la
 finca que era Don Ramon de la Ojito
 de primer orden, después de haber y por último
 controlaba todo lo que tenía con el espesor
 de su finca. Le había controlado el Ojito y su